

Nacido de los cuentos y los viajes

POR HORACIO LÓPEZ.
FOTOS DE ERNESTO GRASSO.
BONUS WEB

Golpe a golpe

—¿Cuándo pudiste tener tu primera batería?

—Eso fue gracias a mi tío, que dio el primer paso. Me trajo una de juguete, con un payaso dibujado en el parche delantero del bombo, que aporreé a mansalva desde el primer minuto. Con parientes y vecinos resignados, no dudé más: sería baterista cueste lo que cueste.

—Como un juramento.

—Sí, y recuerdo que a mis seis años pude conocer la primera batería 'de verdad'. Estábamos cenando en una cantina de Mar del Plata y un grupo amenizaba con canciones del momento. En el intervalo —ya había observado atentamente todos sus movimientos— le pregunté al baterista si me dejaba tocar. El tipo me levantó en brazos y me sentó en la banquetta. Yo ni alcanzaba los pedales. Cautó, me ofreció sus escobillas y por primera vez tuve el instrumento al alcance y pude darle unos golpecitos. Antes de volver a la mesa, deslicé las yemas por la porosidad de los parches. Se ve que el embrujo se consumió. Poco después llegó a mi habitación la ansiada batería propia, pagada por mis padres a puro esfuerzo en una tienda céntrica. Al tiempo pude cambiarla por otra mejor, azul nacarada. Fue el súmmum. Pero si de



nada. Orgullosa, lograba mi sustento como sea, podía acompañar a un organista ciego en una cantina de La Boca, a un disc jockey en fiestas de hoteles lujosos, a un acordeonista por lúgubres cabarets del conurbano y hasta tocar en la boîte del barco que hacía el recorrido Buenos Aires-Montevideo con el trío de un pianista de semblante tipo Bela Lugosi... ¡Era genial! Aún siendo menor de edad, podía pasar un par de días en Uruguay, durmiendo en el camarote del barco estacionado en el puerto. Recorría la Ciudad Vieja, librerías de la Avenida 18 de Julio, cafés céntricos. Observaba burdeles y night

*“Prefiero verme así, medio principiante o aprendiz,
con todo un camino por delante, que inmobilizado
por halagos y creyéndome no sé qué”*

marcas se trata, no tuve ninguna decente hasta bien entrados los '80, cuando Charly, mientras grabábamos en Nueva York, me regaló la Yamaha que aún conservo.

—¿Con quién aprendiste a tocar?

—Desde los 10 años, tomé clases con Jorge Orlando. Por entonces estudié un poquito de piano con una profesora de barrio. Creo, más movilizado por conocer a su nieta que por el solfeo en sí. Pero mi familia apoyó de corazón y cabe aclarar que a principios de los '70, ser músico de rock no era para nada bien visto socialmente. Era cosa de vagos propensos a todo tipo de excesos o vicios... ¡Y la razón que tenían!

—¿Y cómo te preparaste para completar y perfeccionar tu vocación?

—No sé si me perfeccioné demasiado. Estudié batería, bandoneón y algo de armonía esporádicamente y no descarté seguir haciéndolo. Prefiero verme así, medio principiante o aprendiz, con todo un camino por delante, que inmobilizado por halagos y creyéndome no sé qué. Desde los catorce o quince hice lo necesario por aprender el oficio. Y aunque el móvil era primordialmente lo musical, por ganarme unos pesos. En casa no sobraba

clubs de la calle Juan Carlos Gómez, que había conocido por libros de Enrique Medina, entre marineros y parroquianos de dudosa decencia Y de toda raza o lengua. Algo así como meterte en una película de Fassbinder... Y además, la visión de los barcos reposados en el muelle, sus nombres, banderas conocidas o desconocidas. Sabía que, tarde o temprano, aún de polizón, iba a poder recorrer el mundo en libertad.

—Eras muy chico cuando Sábado te recibió en su casa...

—Sí, a mis trece años, tras leer Sobre héroes y tumbas busqué su teléfono en la guía y lo llamé, cual plumazo total y le pedí de charlar con él. Entusiasta como pocos, me invitó a merendar en su casona de Santos Lugares y fue una auténtica lección. Con su novela había inaugurado la costumbre de ir a leer a los lugares exactos de cada historia. Entré en plan investigación a templos budistas o Hare Krishna, leí sobre tao, zen y demás doctrinas orientales, asistí a encuentros espiritistas o del Gurú Maharaji. A su vez, era habitual carne de cinematecas. Mucho Herzog, Godard, Truffaut o Eric Rohmer; leí algo de Bioy Casares, Borges, Marechal y de escritores más 'de

la calle', en plan Jorge Asís o Medina. Amén de cuentos de Cortázar, ensayos filosóficos tipo Gurdjieff, Pedro Ouspensky y Alan Watts. Sin escalas, el Don Juan de Castaneda y su "Un guerrero no detiene jamás su marcha", lema muy efectivo para cuando bajan defensas. Podría mencionar además a Alejandro Jodorowsky, cultor de la psicomagia, espécimen genial de la Humanidad: cineasta, actor, guionista de cómics con Moebius, filósofo y chamán. Muy recomendable.

Barrio vivo, perfil bajo

—¿Y cómo es el lugar donde vivís y pasás la mayor parte de tu vida?

—Vivo en constante traslado, en el famoso "vagar sin rumbo". Pero desde hace tiempo hago base en un bulincito que, gracias a mi ex vecina y amiga Ludovica Squirru, pude comprar en el barrio de Constitución, votado como el de peor fama de la ciudad en el reciente censo gubernamental. Puesto número uno, de verdad. Aunque para mí sus calles son re vitales: hay gran mayoría sudamericana, predominan pasaportes de Paraguay, Bolivia, Colombia, República Dominicana y Perú. Alto ambiente multiétnico donde suenan cumbias y reggaetones a toda hora, se hacen asados en la vereda, y los travestis y prostis alardean sin complejos... Creo que en los barrios caros la gente se debe aburrir más. Ahí tengo espacio suficiente, amables pisos de madera, biblioteca, discos, DVDs, una heladera relativamente equipada, instrumentos y demás. Poseer todo eso ya es bastante cuestionable en un mundo injusto como éste. A modo de confesión de segunda o tercer copa, pienso que el exceso de bienes materiales, en muchos casos, suele traer sufrimiento y hasta reflota lo peor de las personas. Es paradójico. Además, desde la

**"Tengo espacio suficiente,
biblioteca, discos, DVDs,
una heladera relativamente
equipada, instrumentos y demás.
Poseer todo eso ya es
bastante cuestionable en
un mundo injusto como éste"**

óptica de una villa miseria, las calles de Constitución podrían lucir como los Champs Elysées. Todo es relativo, ¿no?

—Ahora que abunda una adicción a ser 'visible', vos preferís los caminos colectores...

—Disfruto del mentado perfil bajo y no podría ser lo que no soy. Es que, por más que al tocar con artistas populares aparezcas en carteles de alta exposición, eso no significa mucho: más allá de algún esporádico pedido de foto vía celular o un "¡dolo!" por ahí, lo mío es en miniatura. Y lo seguirá siendo aunque haga muchas notas como ésta. Agradezco que sea así.



Primigenio

—Decime algo de Primicias, tu disco más reciente
—Tiene que ver con los dioses antiguos, salvando distancias. Con la idea romana de las vestales, esas chicas a las que encerraban en un templo determinado del Foro y mantenían vírgenes hasta los treinta. Y con lo fantástico y horroroso de la mitología griega, de dioses que se comen entre sí o embarazan a otros a modo de agresión. Me interesó acercarme a lo mágico y abstracto. La primicia no es palpable; es inmaterial. Me refiero a la primera forma que surge, no al sentido periodístico de la palabra. Quise hacer una especie de reinvención o renovación, como cuando junté mis primeros cuentos con música instrumental al estilo "banda sonora de una película imaginaria" y, casi sin querer, inauguré lo que llamo "disco libro". Son cosas que surgen del azar. Fui, soy y seré baterista in eternum, arraigado a la cosa primitiva y cavernícola. Pero con el bandoneón sale mi lado romántico, la posibilidad de escribir música y soñar la ensalada musical con mis ingredientes favoritos. También tengo grandes berretines por otros sonidos, llámense vibráfono, glockenspiel o marimba. Los voy domando de a poquito, a los ponchazos, haciéndolos míos de forma poco académica, con más pasión que otra cosa. Y la mezcla de ritmos para mí es como un deber si quiero intentar encontrarle personalidad a lo que hago. Cuando grabo, es como si pegase pedacitos de todas las músicas que escuché en mi vida. En Primicia intenté un collage de tango romanza medio europeizado que incluye toques jazzísticos y una atmósfera relax hasta el grand finale de cuerdas, bronces, timbales y demás.